

se preparasen las embarcaciones en donde debía partir al lado de sus queridos hijos.

Mucho tiempo tenia que esperar.

Muchos obstáculos tenia que vencer.

Pero aquella época de su vida, en medio de la zozobra y de la duda, fué un manantial inagotable de dulzura de su corazón, porque tenia el amor de sus hijos y la gratitud de Inés.

Diego se habia granjeado el aprecio de los reyes con las nobles prendas que le adornaban.

Era el amigo, el compañero predilecto del infante don Juan.

El primer dolor que habia experimentado en su vida, habia anticipado en él la época de la reflexion, del juicio, y contrastaba la profundidad de sus pensamientos con la juventud que brillaba con toda su lozanía en su agraciado rostro.

Fernando era el retrato de Beatriz, de aquella angelical mujer que tanto le habia amado, que tantos sacrificios habia hecho por él.

Se habia despertado á la vida en los momentos en que Colon, su padre, volvia por primera vez del Nuevo Mundo, en medio de las aclamaciones y de la admiracion, enorgulleciéndose de tener tal padre.

Completaba la belleza de aquel cuadro doméstico la hermosa hija de Inés y de Beltran, la inocente Isabel, que queria como hermanos á Diego y á Fernando, y sentia hácia Colon afecto y gratitud.

De todo esto necesitaba para reponer su abatido espíritu y sufrir con resignacion las intrigas que empleaban sus enemigos para oponer obstáculos á su tercer viaje.

CAPITULO XLVII.

Los juegos de la fortuna.



QUELLA situación era mala para España bajo el punto de vista financiero.

El rey don Fernando era ambicioso.

Con la esperanza de extender su poder, prodigaba las rentas del Estado en guerras, y miéntras negociaba con el rey de Nápoles la posesion de la corona de aquel reino, proyectaba enlazar á sus hijos de una manera ventajosa, para que España llegase á ser lo que fué en el siglo XVI.

Al juzgar los actos de su época, podria asegurarse que ya soñaba aquel país que debia más tarde hacer exclamar á uno de sus sucesores: "que en sus dominios no se ponía nunca el sol."

Hacia, pues, lo posible para formar la célebre alianza de familias que constituyó á la nacion en imperio, bajo el mando de su sucesor Carlos V.

Tenia en Italia un numeroso ejército mandado por Gonzalo de Córdoba.

Este ejército molestaba al rey de Francia, y Fernando temia una invasion de tropas francesas, que le atacaran, no solo por tierra, sino por mar.

Esto le obligaba á sostener un numeroso ejército en la frontera, y gran número de buques preparados para defender las costas.

Al mismo tiempo, para hacer ostentacion de su poderío, deseaba que acompañase una flota de cien buques á su hija doña Juana, que debía enlazarse con el archiduque de Austria, al cual debía acompañar á su regreso su hermana doña Margarita, para unirse con el príncipe don Juan.

Estas combinaciones le preocupaban, con detrimento de los proyectos de Colon, y al mismo tiempo le hacian emplear crecidas sumas, con cuyo motivo las esperanzas del almirante estaban reducidas á una promesa.

¡Gran pena debía experimentar el ilustre marino al ver que destinaba el rey cien buques para escoltar á una princesa, y le negaba seis humildes carabelas para ensanchar sus descubrimientos y sus conquistas en el Nuevo Mundo.

Fonseca y sus secuaces animaban al rey á realizar sus planes, como más provechosos para el presente y el porvenir de la nacion, que las ofertas que hacia el almirante.

No faltaban á éste poderosos y leales amigos, entre los que se contaban el duque de Medinaceli, el arzobispo de Toledo, fray Diego de Deza, y el mismo Santangel, y unos y otros consiguieron que diese el rey la orden de adelantar á Colon seis millones de maravedís con destino á los preparativos de su tercera expedicion.

Aunque con gran pesar de Fonseca, no habia más remedio que cumplir aquella orden, y andaban sus amigos desesperados viendo los medios de entretenerle, cuando una circunstancia favorable á Colon vino á serle al mismo tiempo adversa.

Al llegar á Cádiz encontró á Pedro Alonso Niño, que partia con provisiones para la colonia.

A los pocos dias de comunicarse á Fonseca la orden para el adelanto de los seis millones de maravedís, se tuvo noticia del regreso de Alonso Niño.

Su familia residia en Huelva, y en vez de salir inmediata-

mente de Cádiz para la corte, fué á descansar á su casa, y desde ella escribió á Fonseca, rogándole que participase á los reyes que traia á bordo una crecida cantidad de oro.

Aquella era una mala noticia.

Inmediatamente envió Fonseca un emisario á Soria para pedirle informes detallados acerca de la cantidad á que ascendia el oro que habia traído Pedro Alonso Niño.

La respuesta no se hizo esperar.

Produjo gran alegría en Fonseca.

Inmediatamente fué á ver al rey.

—Tengo que comunicar excelentes nuevas á vuestra majestad, le dijo.

—Hablad.

—Voy á evitaros un sacrificio inmenso. Habeis dispuesto que se adelanten á Colon seis millones para los preparativos de su tercer viaje.

—Con harto pesar, dijo el rey.

—Pues bien; no va á ser necesario ese sacrificio.

—¿Por qué causa?

—Hace cuatro meses partió para las indias Pedro Alonso Niño con tres carabelas. Ha regresado, y en una carta me comunica que vuelve con su navío cargado de oro.

—¿Es posible?

—Vea vuestra majestad su epístola, dijo Fonseca.

—Si, como creo, es cierto, puede desde luego destinar vuestra majestad los seis millones á gastos más perentorios, invirtiendo una parte del oro que ha venido en las atenciones que exija la tercera expedicion.

La idea agradó al rey.

Precisamente en aquellos dias habia recibido la noticia de que una fortaleza muy importante habia sido saqueada en el Rosellon por los franceses, y necesitaba los fondos para mandar repararla.

Sin pérdida de tiempo dictó una orden destinando à este servicio los seis millones, anunciando à Colon que del producto que había traído Pedro Alonso Niño se destinaria la cantidad necesaria para que dispusiese las carabelas que debían servirle en su próximo viaje.

Esta contra orden disgustó en extremo à Colon, tanto más cuanto que no tardó en saber que Pedro Alonso Niño había hablado en su carta figuradamente, puesto que no poseía oro, sino gran número de prisioneros indios, los cuales vendidos podían producir el metal que anunciaba.

Pero como la reina había dado orden para que volviesen los cautivos à su patria, sus esperanzas quedaron defraudadas, y una carta de su hermano que llegó à sus manos por el mismo conducto, le acabó de entristecer.

Anunciábale que la colonia se hallaba en una lamentable situación.

Pedíale inmediato socorro, y le decía que todo se perdería si continuaban de aquel modo mucho tiempo.

Para conseguir sus deseos mostró Colon à los reyes aquella epístola, y produjo en su ánimo un efecto contrario del que se prometía.

Veían à punto de perderse aquellas conquistas lejanas, y poco les faltaba para preferir su abandono à los nuevos y grandes sacrificios que tenían que hacer para sostenerlas.

Nueve meses horribles pasó Colon en España, sin que acabasen por completo de despreciarle; pero sin que le atendiesen con la bondad que había merecido en otro tiempo à los reyes y à los personajes más influyentes de la corte.

Al fin de la primavera del siguiente año, cuando volvió à Flandes la flota con la princesa Margarita, se realizaron las esperanzas de Colon.

Los esponsales de la jóven princesa y el príncipe don Juan se celebraron en Búrgos con gran pompa.

La felicidad que experimentaba el corazón de la reina al canzó à su protegido.

Asegurado el porvenir de sus hijos, influyó en el ánimo del rey, no sin mucho trabajo, y algunas reales disposiciones que se dictaron dieron nuevo impulso à los propósitos del almirante.

Fueron confirmados à Colon los derechos y prerogativas que se le habían concedido en Santa Fé.

Ofrecieronle una heredad en la isla, Española de cincuenta leguas de longitud y veinte de latitud, con el propósito de fundar sobre ella un título de duque ó de marqués.

Pero Colon renunció estos honores, manifestando que solo servirían para encarnizar la envidia que sus triunfos despertaban, y lo único que hizo fué pedir à los reyes, en vista del mal estado en que se hallaban sus intereses, que le eximiesen de pagar la octava parte del coste en las expediciones anteriores.

En cambio se obligaba à no pedir la octava parte que le correspondía de los productos que hasta entonces habían llegado de las Indias.

Acordóse tambien que los tres años siguientes recibiese la octava parte de los productos totales y el diez de los productos líquidos.

Pasado este tiempo, debería volver à estar en toda su fuerza y vigor el pacto primitivo que había hecho con los reyes.

Deseosos los monarcas de reanimar su abatido espíritu, le concedieron el derecho de establecer un mayorazgo con todos sus títulos de nobleza, permitiendo al heredero usar sus armas, sellar con ellas y adoptar su rúbrica.

Aprovechando aquella época de favor, Colon, que se había ofendido por la licencia que habían concedido los reyes en Abril de 1495 à todos los vasallos españoles que por su cuen-

ta quisieran emprender descubrimientos en el Nuevo Mundo, licencia contraria en un todo á su prerogativa, hizo valer sus derechos, y consiguió la publicacion de un edicto, en el cual se modificaba la licencia, no permitiendo empresas de ningun género que pudieran ser perjudiciales á sus intereses ó á las concesiones que anteriormente le habia hecho la corona.

«Nunca fué nuestra intencion, decian los soberanos en su edicto, afectar de ningun modo los derechos del expresado don Cristóbal Colon, ni permitir que las concesiones, privilegios y favores que le hemos dispensado se invalidaren en lo más mínimo; ántes por el contrario, en consecuencia de los servicios que nos ha hecho, pensábamos todavía conferirle nuevas gracias.»

Tales eran por entónces los ánimos de los reyes.

Pero los enemigos de Colon no se dormian, y por de pronto aplazaron las muestras de su munificencia.

Por indicacion del almirante se adoptaron tambien medidas en favor de los intereses de la colonia.

Se le otorgó permiso para llevar á la isla trescientas treinta personas retribuidas por el tesoro público.

Entre ellas debia haber cuarenta jinetes, cien peones, treinta marineros, treinta grumetes, veinte mineros, cincuenta labradores, diez hortelanos, veinte artesanos y treinta mujeres; concesion que hasta entónces no se habia hecho.

Despues se aumentó el número de colonos hasta quinientos, pero el excedente de los trescientos treinta no debia tener más retribucion que la de los productos de los terrenos que cultivasen en la colonia.

En el camino de las concesiones, se autorizó á Colon para que cediese tierras á los que quisieran cultivarlas, con la condicion de que habian de permanecer en la isla lo ménos cuatro años, y de que los metales preciosos y palo del Brasil que se encontrase en sus entrañas se reservase á la corona.

No se olvidó la reina de los indios.

Aun cuando no faltaban doctores que opinaran por la esclavitud, fundándola en el derecho divino, en vez de someterles al yugo quiso abrirles los anchos horizontes de la religion cristiana, y dispuso que acompañaran á Colon algunos misioneros más para que instruyeran en la religion á los indios.

Al mismo tiempo encargó que el tributo que se les habia impuesto se recaudase sin molestarles, no empleando castigos severos con los que verdaderamente no pudiesen pagar.

En la conferencia que celebraron con Colon, partiendo de las calumnias que habian dirigido contra él sus enemigos, le encargaron mucho que renunciase lo más pronto posible á las medidas de rigor, puesto que no querian aparecer como tiranos, sino como padres y protectores de aquellos infelices que vivian en la ignorancia sin conocer los consuelos de la fe.

Tales fueron las medidas y las instrucciones que adoptaron los reyes para su planteamiento en la tercera expedicion.

Pero aunque parecia próximo el viaje, aunque podian darse ya por vencidas todas las dificultades que se habian opuesto á él, y que durante tanto tiempo habian defraudado las esperanzas de Colon, todavía tenia que luchar con nuevos obstáculos.

La indiferencia y la perfidia de Fonseca debia proporcionarle sérios disgustos ántes de que pudiera darse á la vela.